

Planes Estratégicos

La dimensión simbólica

Abordar el tema de los mecanismos de control de la gestión pública y participación ciudadana a partir de la experiencia de los Planes Estratégicos nos hace reflexionar nuevamente acerca de las funciones que cumplen dichos Planes para la sociedad civil. En este artículo, el autor se propone indagar acerca de una de sus funciones posibles, la de ser el lugar de enunciación de la dimensión simbólica. Son varios los factores que hacen posible esta función.

por Rodolfo Giunta

Profesor en Historia (UBA); Investigador del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo” (FADU/UBA) y del Museo Histórico Sarmiento (Secretaría de Cultura de la Nación); Vicepresidente tercero del Plan Estratégico de la Ciudad de Buenos Aires.

En primer lugar, en los planes estratégicos hay que manejar la larga duración, una dimensión temporal diferente al corto o mediano plazo de la gestión política y de lo efímero que suele manejarse en los medios de comunicación masiva. A su vez, más allá de estar circunscriptos a un distrito físico-político determinado, los planes estratégicos indefectiblemente necesitan pensar en términos regionales mucho más amplios. A su vez desde una perspectiva social, los Planes podrían expresar los diferentes imaginarios urbanos de la sociedad civil y contribuir a la construcción colectiva de una identidad local.

Recientemente estuvo en nuestro país el destacado investigador colombiano Armando Silva, que en el marco del Convenio Andrés Bello coordina la investigación de imaginarios urbanos en la región, y se preguntaba con relación al futuro libro referido a la ciudad de Buenos Aires, cuál sería la imagen de tapa. Instancia que nos llevó a debatir ¿cuál sería la mejor postal de Buenos Aires? Resultaba difícil arriesgar una respuesta al hacernos cargo del desafío de evitar los estereotipos. Al hacer el ejercicio de pensar que la misma estuviese vinculada al tango, las posturas estaban polarizadas en un arco que por lo menos en cuanto a sus figuras iba desde Gardel hasta Piazzolla, o bien aquellos que sugirieron que podría tratarse de una pareja bailando, tampoco resultaba sencillo lograr acuerdo sobre el contexto: con el Obelisco de fondo, en la escenografía del mítico Caminito del Barrio de La Boca, o bien en la reciente creación de una impronta tanguera-gardeliana en el Abasto. Sin duda la nómina de “lugares” así como también de “costumbres sociales”, consideradas propias, constituyen un amplio repertorio.

Para el presente trabajo, me propongo recurrir a manifestaciones de una cultura profunda, aquella que subyace sin que podamos muchas veces brindar una explicación racional. Posiblemente, por la obviedad otorgada por usos y costumbres, no necesitamos reflexionar acerca de todo aquello que ya está integrado a nuestra vida cotidiana, de allí que paradójicamente, las mejores reflexiones sobre costumbres locales, tales como el hecho de tomar mate, las he encontrado en los relatos de viajeros.

Lo natural y lo cultural en la ciudad de Buenos Aires

El emplazamiento de la ciudad de Buenos Aires cuenta con una característica peculiar de su paisaje natural en el hecho de posibilitar una doble percepción de lo infinito: en lo

terrestre con la pampa y en lo acuático con el Río de la Plata. Tal como lo enuncia Ezequiel Martínez Estrada, “A Buenos Aires se lo interpreta con los ojos porque ha sido construido para ser visto” [1].

Se trató de un paisaje natural que incitaba cierta abstracción o posibilidad de depositar en él, los “deseos”, tal como lo reflejan los nombres de “Río de la Plata” y “Argentina”, más allá de que la realidad fuese muy otra. Ese paisaje, generó una modalidad perceptiva peculiar: la mayor parte de la iconografía muestra la ciudad vista desde el río, lo cual también se refleja en las primeras impresiones vertidas en los relatos de viajeros [2], y mucho más singular aún es que gran parte de la cartografía urbana presente dicha perspectiva, lo cual llevó a no respetar la tradicional convención de la orientación norte. En el imaginario social local también se refleja, al propiciarse toda una ponderación hacia aquello que es inconmensurable, dotando de valor al hecho de contar con el río más ancho, las avenidas más anchas o más largas, etc.

Sobre esa matriz natural se adosó una matriz cultural, expresada en el diseño urbano en cuadrícula, que reforzó dicha percepción [3] y permitió un paisaje cultural peculiar. Alberto S. J. De Paula [4] diferenció dos vertientes de lógicas urbanas, una a partir del diseño de Platón, quien promovió la forma urbana circular y concéntrica, recuperada por Vitrubio y Alberti, que concluye en la ciudad ideal en forma de polígono o estrella, que en América tuvo expresiones como la ciudad de Trujillo en Perú, y otra que, con el auspicio de Aristóteles, impulsaba la retícula que fue seguida por Vegecio y la escolástica bajomedieval.

Nuestra matriz cultural rinde cuenta de la segunda línea y cuyo antecedente conocido más lejano de planificación reticular fue el de Hipódamo de Mileto (siglo V a.C.), quien concibió una ciudad con una estructura racional basada en el orden y la geometría. Sus intervenciones más reconocidas fueron los trazados de su natal Mileto y del Pireo. La clave fueron las calles rectas que se cruzaban perpendicularmente. En aquella propuesta, los edificios públicos todavía no contaban con una ubicación precisa dentro de la traza. Este modelo urbano proliferó con las grandes expansiones tanto del helenismo como del Imperio Romano. Los campamentos militares romanos (castrum) que se establecían en los territorios a conquistar, se basaban en dos ejes principales, llamados cardo y decumanus, que se cruzaban en el centro de la ciudad. Un conjunto de calles paralelas y perpendiculares a ambos ejes definían manzanas rectangulares o cuadradas. En la confluencia de los ejes se ubicaban los edificios militares más importantes. En el interior de las Bastidas amuralladas del mediodía francés, el diseño fue reticular.

En la Península Ibérica, la tradición romana fue recuperada con Alfonso X (edición original de 1491) y las Siete Partidas, con recomendaciones de un trazado ordenado, sin establecer aún una forma concreta, donde ya aparecía la plaza como elemento urbano característico. Las experiencias más regulares se dieron con Alfonso I, el Batallador (1104-1134) en la zona vasco-navarra, con ciudades como Sangüesa y Puentelarreina. Las ciudades fundadas en los territorios recuperados de los musulmanes en la Reconquista, para la historiografía europea, conformaron el antecedente más directo de las ciudades hispanoamericanas. Las mismas denotaban una clara influencia del tratado Dottzé del Crestiá (1385) del monje franciscano Francesc Eximenic, para quien el cuadrado era la forma perfecta. Cada manzana resultante del trazado era un cuadrado que devenía del cruce de calles paralelas y perpendiculares. Por su carácter estratégico-militar estas ciudades fueron amuralladas, lo que diferenciaba claramente el ámbito urbano (intramuro) del ámbito rural (extramuro).

Los Reyes Católicos aplicaron estos conceptos cuando fundaron Santa Fe de Granada en 1492, donde se firmó la capitulación para el primer viaje de Colón. Se la considera un antecedente para la fundación de Santo Domingo llevada a cabo por Nicolás de Ovando (1506), primera ciudad estructuralmente planificada en los inicios de la conquista, que se estableció en el área caribeña o antillana.

La ciudad americana se distinguió por el trazado en retícula y a partir de Panamá (1519) por la incorporación explícita de una Plaza Mayor. El diseño específico de Buenos Aires tiene sus raíces en la intersección de los antecedentes europeos con ciertas manifestaciones urbanas locales, como Chan-Chan y Cusco, que se plasmaron en la ciudad de Lima: la retícula pasó a ser cuadrícula (por eso se habla de diseño ortogonal) y la Plaza Mayor pasó del centro geográfico a uno de sus laterales, para enfatizar la función puerto.

Pese a diferentes procesos de modernización, que terminaron por borrar las huellas materiales de la ciudad colonial, su diseño siguió vigente para su inusitada expansión, hasta la actualidad. Si observamos el plano de Manuel Ozores de 1608 en el cual figura el trazado de la ciudad, y el reparto de tierras linderas con chacras (perpendiculares al Riachuelo y al Río de la Plata) y el ejido al oeste (tierras comunes que se reservaban para el crecimiento de la ciudad), se puede predecir incluso el diseño de la avenida General Paz, o nos permitiría entender por qué la avenida Callao ejerce un quiebre luego del cruce con Las Heras, en dirección al río.

La “cuadrícula”, algo muy peculiar de nuestra ciudad, no está resaltada en ninguna propuesta turística de la ciudad. Cuando Ildelfons Cerdà diseñó en su Plan para Ensanche de Barcelona de 1859, se basó en la cuadrícula por su capacidad expansiva y por la valoración del espacio público que posibilitaban sus calles y plazas.

A partir de 1880, cuando Buenos Aires deviene Capital Federal, se implementó una profunda cirugía para convertirla en la París de América del Sur. La iniciativa oficial fue acompañada por la construcción de grandes palacios “afrancesados” por los sectores locales más ricos y por un verdadero catálogo de modernismos que construían los inmigrantes exitosos. Sin embargo toda esa escenografía de modernidad, con un boulevard haussmanniano como la Avenida de Mayo y dos Diagonales, no pudo ser asimilada por la mayor parte de la sociedad civil.

Jorge Luis Borges en su poema “Las calles” (Fervor de Buenos Aires), lo expresa claramente:

“Las calles de Buenos Aires
ya son mi entraña.
No las ávidas calles,
incómodas de turba y ajetreo,
sino las calles desgastadas del barrio,
casi invisibles de habituales,
enternecidas de penumbra y de ocaso
y aquellas más afuera
ajenas de árboles piadosos
donde austeras casitas apenas se aventuran,
abrumadas por inmortales distancias,
a perderse en la honda visión

de cielo y llanura”

Los procesos de sociabilidad se habían desplazado al “arrabal”, desde allí se escribían poemas y tangos, o se pintaba.

A modo de conclusión nos podríamos plantear. ¿Qué cosas cambiarían en las ciudades si los Planes Estratégicos fuesen el lugar de enunciación de la dimensión simbólica?

Algunos ejemplos:

- Mayor respeto por nuestro patrimonio histórico cultural. Frente al Bicentenario de la Revolución de Mayo, podemos observar como hemos actuado con el “Cabildo”, nuestro principal símbolo patrio. De su diseño original, lo fuimos mutilando para dar lugar a la Avenida de Mayo y Diagonal Sur; en un momento le hicimos una torre desmesurada, que se vino abajo y quedó chato con una fachada neoclásica; el que conocemos hoy es tan solo una maqueta que diseñó Buschiazzo con la intención de recuperar el paisaje original, aunque más no fuese en una escala muy inferior

c Menor segregación, discriminación y expulsión. Podríamos modificar nuestra actitud de hacer lo nuevo, sepultando y denostando lo previo. Para crear la Buenos Aires moderna a partir de 1880 se desmaterializaron 300 años de historia. Paradójicamente, frente al cosmopolitismo, cuando se quiso volver a las raíces, se tuvo que inventar un estilo neocolonial. El Parque 3 de Febrero, por cierto de excelente factura, también expresa nuestras discrepancias ideológicas, en tanto el nombre surge de la Batalla de Caseros en la cual fue derrotado Juan Manuel de Rosas, quien había construido su Caserón o “Versailles porteño” en el Barrio de Palermo.

- Hacer compatible las innovaciones con el patrimonio. La propuesta de Buenos Aires como Paisaje Cultural de la Humanidad que se presenta a UNESCO, puede generar un alto impacto turístico pero a su vez debe garantizar un plan de manejo que preserve el paisaje cultural del eje vertebrador de la propuesta, “la barranca” del Río, lo cual recupera la articulación entre río y Pampa.

NOTAS

[1] Martínez Estrada, Ezequiel (2001), La cabeza de Goliat. Barcelona: Losada.

[2] “Vista de a bordo, la ciudad de Buenos Aires tiene una apariencia muy agradable.

Entre los objetos más prominentes visibles desde el buque, están las cúpulas de muchas hermosas iglesias cubiertas de tejas de porcelana azul y blanca” [Hutchinson, Thomas José (1865). Buenos Aires and Argentine Gleanings: With extracts from a diary of Salado Exploration in 1862 and 1863. London: Edward Stanford].

[3] "La impresión que produce la ciudad es grandiosa, las calles inacabablemente largas sin que se les vea fin, contribuyen a darla" [Burmeister, Dr. Hermann (1943). Viaje por los Estados del Plata con especial referencia a la constitución física y al estado de la cultura de la República Argentina realizado en los años 1857, 1858, 1859 y 1860. Buenos Aires: Unión Germánica en la Argentina].

[4] De Paula, Alberto S. J. (2005), La ciudad hispanoamericana, modelos y significados. Buenos Aires: Universidad del Salvador [tesis doctoral inédita].